DOMINGO II DE CUARESMA (A)

Homilía del P. Emili Solano, monje de Montserrat
12 de marzo de 2017
Gén 12, 1-4a; 2 Tim 1, 8b-10; Mt 17, 1-9

Queridos hermanos. Hoy, segundo domingo de Cuaresma, la liturgia, después de habernos presentado el pasado domingo el evangelio de las tentaciones de Jesús en el desierto, nos invita a reflexionar sobre el acontecimiento extraordinario de la Transfiguración en un monte alto.

A todos nos gustan más estas páginas deliciosas del Evangelio en que Jesús manifiesta su poder divino haciendo milagros portentosos, o se aparece a los suyos mostrándoles todo el esplendor y la gloria de su divinidad. ¿A quién no le gusta leer una y otra vez las escenas en las que Jesús se aparece resucitado a sus apóstoles? ¿O las numerosas páginas que narran sus milagros y curaciones? Es decir, ¿a quién no le apetece creer en un Dios semejante al héroe de las películas, que deja boquiabiertos a todos cuando "saca músculo", o que con un clic es capaz de vencer todos los demonios y males del mundo?

Claro que sí: con este Dios, tan fuerte, bien vale la pena ser cristiano. Pero en el Evangelio también hay otras páginas en las que la cosa no está tan clara. Por ejemplo, las que relatan la vida oculta en Nazaret: ¿qué pinta todo un Dios poderoso, Creador de todo, encerrado treinta años en la monotonía de una vida amorfa y descolorida, haciendo ... nada?; o ¿qué pinta todo un Dios, capaz de hacer milagros portentosos, rezando al Padre en Getsemaní, pasando por ladrón y blasfemo, y muriendo en una Cruz totalmente humillado y destrozado? En este Dios tan débil, que se parece más bien al malo de la película, ya es menos apetecible creer; es más, visto que esto de la Cruz no se entiende, nos apuntamos al Dios fácil, este que puede hacerme milagros, curaciones, favores y prodigios, a cambio de mis devociones, méritos y oraciones, siempre que me solucione la vida, o al menos me la "descomplique" un poco.

La Transfiguración del Señor pone delante de nuestros ojos la gloria de Cristo. Muchas veces caemos en la tentación de pensar en Jesús como si fuera un buen hombre, una persona coherente con sus ideales... y nada más. Pero de buenas personas tenemos ejemplos mucho más actuales y acordes con la manera de pensar de nuestro tiempo. Si Jesucristo simplemente fuera una buena persona habría sido superado. Quizá quedaría alguna frase célebre o algún recuerdo discutido. Pero Jesucristo muestra su gloria, la gloria de Dios, que viene de su propio ser, del hecho de ser Dios encarnado: verdadero Dios y verdadero hombre.

Esta cuaresma debemos dedicar tiempo a la oración. A escuchar verdaderamente a Dios. Y escuchar a Dios no es hacer profundas reflexiones, es poner en práctica lo que Él nos pida. Como hizo Abraham, como hizo Jesús. Aprender a escuchar a Dios es cada día más necesario. Si no escuchamos a Dios podremos dejarnos deslumbrar por cualquier cosa, incluso con matices espirituales, pero no haremos lo que Dios quiere ni llegaremos nunca a relacionarnos con Él.

La Virgen no subió a la montaña con los discípulos, no era necesario. Ella sabía muy bien que en este Hijo que sostendría en brazos y que parecía más un gusano y que un hombre, estaba nuestra nueva realidad. Pongamos pues, en manos de María nuestro camino cuaresmal. Y que ella nos ayude a escuchar a su Hijo.